

falsos y crueles; y que se fuesen con ellos á su lugar, y veria cuán burla era todo lo que le decian aquellos, y ellos cuán buenos y leales. Y tras esto, diéronsele para servirle y contribuir como súbditos. Y todo esto hizo Cortés que pasase por ante escribano é intérpretes. Despidióse Cortés de los de Tlaxcallan. Lloraba Maxixa de verlo ir. Salieron con él cien mil hombres de guerra. Fueron tambien con él muchos mercaderes á rescatar sal y mantas. Mandó Cortés que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos. No llegó aquel día á Chololla, sino quedóse en un arroyo, donde vinieron muchas personas de la ciudad á rogarle con mucha instancia que no consintiese á los de Tlaxcallan hacerles daño en su tierra ni mal en las personas. Y por esto Cortés les hizo volver á sus casas á todos, sino fueron cinco ó seis mil, aunque muy contra su voluntad; y avisándole que se guardase de aquella mala gente, que no era de guerra, sino mercaderes y hombres que mostraban un corazón y tenían otro; y que no le quisieran dejar en peligro, pues ya se le dieron por amigos. Otro día por la mañana llegaron nuestros españoles á Chololla. Salieronlos á recebir en escuadrones mas de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves ó rosas. Llegaba cada escuadron, como venia á dar á Cortés la norabuena de la venida, y apartábase para que llegase otro. Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando á los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos. Tras estos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como con sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, y por orlas madejas de algodón hilado: Unos traían cornetas, otros huesos, otros atabales; quién traía braseros con fuego, quién ídolos cubiertos, y todos cantando á su manera. Llegaron á Cortés y á los otros españoles; echaban cierta resina y copalli, que huele como incienso, é incensábanlos con ello. Con esta pompa y solemnidad, que por cierto fué grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron á placer, y les dieron aquella noche á cada uno un gallinero, y á los de Tlaxcallan, Cempoallan, Iztacmiltlan pusieron por su cabo y proveyeron.

Cómo los de Chololla trataron de matar los españoles.

Pasó la noche Cortés muy sobre aviso y á recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallan le dijeran; y mas que, aunque la primera noche les proveyeron á gallina por barba, los otros tres días siguientes no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venían aquellos capitanes á ver los españoles; de que tomaba mala espina. En aquel tiempo le hallaron no sé cuántas veces aquellos embajadores de Moteczuma para estorbarle la ida á Méjico; unas veces diciendo que no fuese allá, que el gran señor se moriría de miedo si le viese, otras que no había camino para ir, otras que á qué iba, pues no tenía de qué mantenerse; y aun tambien, como viesen que á todo esto les satisfacía con buenas palabras y razones, echáronle de manga á los del pueblo, que le eijesen cómo do Moteczuma estaba había lagartos, ti-

gres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase, bastaban para despedazar y comerse á los españoles, que eran poquitos. Y visto que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los capitanes y principales de matar los cristianos. E porque lo hiciesen prometiéronles grandes partidos por Moteczuma. E dieron al Capitan General un atambor de oro, é que traerian los treinta mil soldados que á dos leguas estaban. Los cholollanos prometieron de atarlos y entregárselos. Pero no consintieron que entrasen aquellos soldados de Culúa en su pueblo, temiendo que con aquel achaque no se alzasen con él, que solían ser mañas de mejicanos; é dicen que pensaban de un tiro matar dos pájaros, ca tenían creído tomar durmiendo á los españoles y quedarse con Chololla; é que si no pudiesen atarlos dentro de la ciudad, que los llevasen por otro camino, que no el real para Méjico, sobre la mano izquierda; en el cual había muchos malos pasos, que se hacían en él por ser tierra arenisca, y que tenía tal barranco comido de las aguas, que era de veinte y de treinta y aun de mas estados en hondo, y que allí las atajarían y llevarían atados á Moteczuma. Concluido pues el concierto, comienzan de alzar el hato, y sacar fuera á la sierra los hijos y mujeres. Estando ya los nuestros para partirse de allí, por el ruin tratamiento que les hacían y mal talante que les mostraban, avino que una mujer de un principal, que de piadosa, ó por parecerle bien aquellos barbudos, dijo á Marina de Viluta que se quedase allí con ella, que la quería mucho, y le pesaria que la matasen con sus amos. Ella disimuló la mala nueva, y sacóle quién y cómo la tramaban. Corrió luego á buscar á Jerónimo de Aguilar, é juntos dijéronselo á Cortés. El no se durmió, sino hizo de presto tomar un par de vecinos, que examinados, le confesaron la verdad de lo que pasaba, como aquella señora dijera. Difirió por esto la partida dos días para enfriar el negocio y para desviar á los de allí de aquel mal propósito, ó castigarlos. Llamó á los que gobernaban, y díjoles que no estaba satisfecho dellos; y rogóles que ni le mintiesen ni anduviesen con él en mañas, que le pesaba dello mucho mas que si le desafiase para batalla; porque de hombres de bien era pelear, y no mentir. Ellos respondieron que eran sus amigos y servidores, y que lo serían siempre; y que ni le mentían ni mentirían, sino que antes les dijese cuándo quería partir, para irle á servir y acompañar armados. El les dijo que otro día, y que no quería mas de algunos esclavos para llevar el fardaje, que venían ya cansados sus tamemes, y alguna cosa de comer. Desto postrero se sonreían, diciendo entre dientes. «¿Para qué quieren comer estos, pues presto les tienen de comer á ellos en ají cocidos, y si Moteczuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?»

El castigo que se hizo en los de Chololla por su traición.

Así que, otro día de mañana, muy alegres, pensando que tenían bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar los españoles, como en andas, creyendo tomarlos en ellas. Vinieron eso mismo cantidad de hombres armados, de los muy valientes, para matar al que se re-

bullese; y los sacerdotes sacrificaron á su Quezalcoatl diez niños de á tres años, las cinco hembras; costumbre que tenían comenzando alguna guerra. Los capitanes se pusieron disimuladamente á las cuatro puertas del patio y aposento de los españoles, con algunos que traían armas. Cortés muy calladamente aperció de mañanica á los de Tlaxcallan y Cempoallan y los otros amigos. Hizo estar á eaballo los suyos, y dijo á los demás españoles que meneasen las manos sintiendo una escopeta, que les iba la vida en ello; y como vió que los del pueblo se iban llegando, mandó que llamasen á su cámara los capitanes y señores; que se quería despedir dellos. Vinieron muchos, pero no dejó entrar sino hasta treinta, que le pareció, por lo que antes había visto, ser los principales, y díjoles que siempre les había dicho verdad, y que ellos á él mentira, con habérselo rogado y avisado; y que porque le rogaron, aunque con dañada intencion, que no entrasen los de Tlaxcallan en su pueblo, lo hiciera de grado, y aun tambien mandara á los de su compañía que no les hiciesen mal ninguno, y maguer que no le habían dado de comer, como rason fuera, no había consentido que los suyos les tomasen ni aun una gallina, y que en pago de aquellas buenas obras tenían concertado de matarle con todos los suyos. E ya que dentro en casa no podían, allá fuera en el camino, á los malos pasos por do le querían guiar, ayudándose de los treinta mil hombres de las guarniciones de Moteczuma, que estaban á dos leguas. Pues por esta maldad, dijo, moriréis todos; y en señal de traidores, se asolará la ciudad, á no quedar memoria; y pues ya lo sabia, no tenían para qué le negar la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: mirábanse unos á otros, mas encendidos que las brasas, y decían: «Este es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo.» Y así; confesaron luego que era verdad delante los embajadores, que estaban tambien allí. Apartó sin esto cuatro ó cinco por sí, que no los oyesen aquellos mejicanos, y contaron todo el hecho de la traicion desde su principio, y entonces dijo á los embajadores cómo aquellos de Chololla le querían matar, á inducimiento suyo, por parte de Moteczuma; mas que no lo creía, porque Moteczuma era su amigo y gran señor, y los grandes señores no solían mentir ni hacer traiciones, y que quería castigar aquellos bellacos traidores y fementidos. Pero que ellos no temiesen, que eran inviolables, como personas públicas y enviados de rey, á quien tenía de servir, y no enojar; y que era tal y tan bueno, que no mandaría así fea é infame cosa. Todo esto decía por no descompadrar con él hasta verse dentro en Méjico. Mandó matar algunos de aquellos capitanes, y los demás dejó atados. Hizo disparar la escopeta, que era la seña, y arremetieron con gran ímpetu y enojo todos los españoles y sus amigos á los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban, y en dos horas mataron seis mil y mas. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque, como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras, tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos. Subiéronse á la torre mayor, HA.

que tiene ciento y veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño, fueron requeridos, y no rendidos; y así, se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario. Saqueóse la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que mas deseaban, y destruyeron cuanto posible les fué, hasta que Cortés mandó que cesasen. Aquellos capitanes que presos estaban, viendo la destrucción y matanza de su ciudad, vecinos y parientes, rogaron con muchas lágrimas á Cortés que soltase algunos dellos para ver qué habían hecho sus dioses de la gente menuda; y que perdonase á los que vivos quedaban, para tornarse á sus casas, pues no tenían tanta culpa de su daño cuanta Moteczuma, que los sobornó. El soltó dos, y al otro siguiente día estaba la ciudad que no parecia que faltaba hombre; y luego, á ruegos de los de Tlaxcallan, que tomaron por intercesores, los perdonó á todos y soltó los presos, y dijo que otro tal castigo y daño haría donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Chololla, con los de Tlaxcallan, como ya en tiempo pasado solían ser, sino que Moteczuma y los otros reyes antes dél los habían enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

Chololla, santuario de indios.

Es Chololla república como Tlaxcallan, y tiene uno que es capitan general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mill casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es de las mas hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos mas; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil dispuscion y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plátaras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, bellicosos y buenos maestros de cualquiera cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornoces moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religion de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenía tantos templos. El principal era el mejor y mas alto de toda la Nueva-España, que subían á la capilla por ciento y veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Quezalcoatl, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; vírgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una

Ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una dellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco más de veinte días que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venían en ese tiempo tantos á contratar, que ponían admiración, y una de las cosas de ver que en los mercados había, era la loza, hecha de mill maneras y colores.

Del monte que llaman Popocatepec.

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y había tanta ceniza, que empidía el camino; y así, se querían tornar. Pero los dos que debían ser mas animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razón á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guías los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habían hollado piés ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato, y figuróseles que tenía media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo, mas como un horno de vidrio cuando mas hierve. Era tanto el calor y humo, que se tornaron presto por las mismas pisadas que fueron, por no perder el rastro y perderse. Apenas se hubieron desviado y andado un pedazo, que comenzó á lanzar ceniza y llama, y luego ascuas; y al cabo muy grandes piedras de fuego ardientes; y si no ballaran do meterse debajo de una peña, perescieran allí abrasados; y como trajeron buenas señas, y volvieron vivos y sanos, vinieron muchos indios á besarles la ropa y á verlos, como por milagro ó como á dioses, dándoles muchos presentillos; tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que mal gobiernan ó tiranizan van, después de muertos, á purgar sus pecados, y de allí al descanso. Esta sierra, que llaman Vulcan, por la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda, y que jamás le falta nieve. Parece de muy léjos, las noches, que echa llama. Hay cerca dél muchas ciudades, pero la mas cercana es Huexocinco. Estuvo diez años y mas que no echó humo, y el año de 1540 tornó como primero, y antes trajo tanto ruido, que puso espanto á los vecinos que estaban á cuatro leguas y mas aparte. Salió mucho humo, y tan espeso, que no se acordaban su igual. Lanzó tanto y tan recio fuego, que llegó la ceniza á Huexocinco, Quetlaxcoapan, Tepejacac, Cuauhquecholla, Chololla y Tlaxcallan, que está diez leguas, y aun dicen que llegó á quince. Cubrió el campo, y quemó la hortaliza y los árboles, y aun los vestidos.

La consulta que Moteczuma tuvo para dejar á Cortés ir á Méjico.

No quisiera Cortés reñir con Moteczuma antes de entrar en Méjico; mas tampoco quería tantas palabras, excusas y niñerías como le decían. Quejóse reciamente á sus embajadores que un tan gran príncipe, y que con tantos y tales caballeros le había dicho que era su amigo, buscarse maneras de le matar ó dañar con mano ajena, por se excusar si no le sucedía; y pues no guardaba su palabra ni mantenía verdad, que, como quería ir antes amigo y de paz, determinaba ya ir como enemigo y de guerra; que ó sería con bien ó con mal. Ellos dijeron sus desculpas, y rogaron que perdiese la saña y enojo, y que diese licencia á uno para ir á Méjico, y volver con respuesta presto, pues había poco camino. El dijo que fuese mucho enhorabuena. Fué uno, y á los seis días tornó con otro compañero que fuera poco antes, y trajéronle diez platos de oro, mill y quinientas mantas de algodón, mucha suma de gallinavos, de pan y cacao, y cierto vino que ellos conficionan de aquellos cacaos y centli, y negaron que no había entrado en la conjuración de Chololla, ni había sido por su mandado ni consejo, sino que aquella gente de guarnición que allí estaba era de Acacincó y Azacán, dos provincias suyas, y vecinas de Chololla, con quien tenían alianza y comparanzas de vecindad; los cuales, á inducimiento de aquellos bellacos, urdirían aquella maldad; y que adelante sería buen amigo, como vería y como lo había sido; y que fuese, que en Méjico le esperaría: palabra que plugo mucho á Cortés. Moteczuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Chololla, y dijo: «Esta es la gente que nuestro dios me dijo que había de venir y señorear esta tierra; y fuése luego á visitar los templos, y encerróse en uno, donde estuvo en oración y ayuno ocho días. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarían enojados. Allí le habló el diablo, esforzándole que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos, haría dellos á su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le aconteciese algun desastre; y tuviese favorables á Vitzclopuchli y Tezcatlipuca para guardarle; porque Quetzalcoatl, dios de Chololla, estaba enojado porque le sacrificaban pocos y mal, y no fué contra los españoles. Por lo cual, y porque Cortés le había enviado á decir que iría de guerra, pues de paz no quería, otorgó que fuese á Méjico y á verle. Ya Cortés cuando llegó á Chololla iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho mas, ca luego voló la nueva y fama por toda aquella tierra y señorío del rey Moteczuma, y de como hasta entonces se maravillaban, comenzaron dende en adelante á temerle; y así, de miedo, mas que por amor, le abrian las puertas á do quiera que llegase. Quería Moteczuma al principio hacer con Cortés que no fuese á Méjico, poniéndole muchos temores y espantos; ca pensaba que temería los peligros del camino, la fortaleza de Méjico, la muchedumbre de hombres y su voluntad, que era mas fuerte cosa, pues cuantos señores había en aquella tierra, la temían y obedescían, y para esto tuvo gran negociación; mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pidía y tomaba oro. Empero como siempre porfiaba á verle y llegar á Méjico, preguntó al diablo

lo que hacer debía sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes; ca no le pareció de hacerle guerra, que le sería deshonor tomarse con tan pocos extranjeros, y que decían ser embajadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo mas cierto; pues estaba claro que luego serían con él los otomies y tlaxcaltecas, y otras muchas gentes, para destruir los mejicanos. Así que se declaró á dejarlo entrar en Méjico llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana, si lo enojasen.

Lo que avino á Cortés, de Chololla hasta llegar á Méjico.

Habida tan buena respuesta como le dieron los embajadores de Méjico, dió Cortés licencia á los indios amigos que se quisiesen volver á sus casas, y partiése de Chololla con algunos vecinos que seguirle quisieron, y no quiso echar por el camino que le mostraban los de Moteczuma, porque era malo y peligroso, segun lo vieron los españoles que fueron al Vulcan, y porque le querían saltar en él, á lo que cholollanos decían; sino por otro mas llano y mas cerca. Reprehendidos por ello, respondieron que lo guiaban por allí, aunque no era buen camino, porque no pasase por tierra de Huexocinco, que eran sus enemigos. No caminó aquel día sino cuatro leguas, por dormir en unas aldeas de Huexocinco, donde fué bien recibido y mantenido, y aun le dieron algunos esclavos, ropa y oro, aunque poco; que poco tienen y son pobres, á causa de tenerlos acorralados Moteczuma, por ser de la parcialidad de Tlaxcallan. Otro día, antes de comer, subió un puerto entre dos sierras nevadas, de dos leguas de subida. Donde, si los treinta mil soldados que habían venido para tomar los españoles en Chololla esperaran, los tomaban á manos, segun la nieve y frio les hizo en el camino. Dende aquel puerto se descubria tierra de Méjico, y la laguna con sus pueblos al rededor, que es la mejor vista del mundo. Quanto Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros, y aun hubo entrellos diversos pareceres si llegarían allá ó no, y dieron muestra de motin; pero él, por su prudencia y disimulación, se lo deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dió, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban. En bajando á lo llano, de la otra parte halló una casa de placer en el campo, harto grande y buena; y tal, que cupieron todos los españoles holgadamente, y hasta seis mil indios que llevaba de Cempoallan, Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, aunque para los tames hicieron los de Moteczuma chozas de paja. Tuvieron buena cena y grandes fuegos para todos, que criados de Moteczuma proveían copiosamente, y aun les tenían mujeres. Allí le vinieron á hablar muchos principales señores de Méjico, y entre ellos un pariente de Moteczuma. Dieron á Cortés tres mil pesos de oro, y rogáronle que se volviese por la pobreza, hambre y ruin camino, que se anda por barquillos, y que allende del peligro de se ahogar, no ternía qué comer, y que le daría mucho, y mas el tributo que le pareciese, para el emperador que le enviaba, puesto cada un año en la mar ó do quisiese. Cortés los recibió como era razon,

y les dió cosillas de España, especial al pariente del gran señor; y díjoles que de buena gana holgaria servir á tan poderoso príncipe, si pudiera sin enojar al Rey, y que de su ida no le venía sino mucho bien y honra; y que pues no había de hacer mas de hablalle y volverse, que de lo que tenían para sí, habria para todos qué comer, y que aquella agua no era nada en comparación de dos mil leguas que había venido por mar para solamente verlo y comunicarle ciertos negocios de mucha importancia. Con todas estas pláticas, si lo hallaran descuidado, lo acometieran, que venían muchos para tal efecto, como dicen algunos. Pero él hizo saber á los capitanes y embajadores cómo los españoles no dormían de noche, ni se desnudaban armas ni vestidos; y que si alguno veían en pié ó andar entrellos, le mataban luego, y él no se lo resistía; por tanto, que lo dijese así á sus hombres, para que se guardasen; que le pesaría si alguno dellos muriese allí; y con esto pasó la noche. En amaneciendo otro día se partió, y fué á Amaquemacan, dos leguas, que cae en la provincia de Chalco; lugar que, con las aldeas, tiene veinte mil vecinos. El señor de allí le dió cuarenta esclavas, tres mil pesos de oro, y de comer dos días abundantemente, y aun de secreto muchas quejas de Moteczuma. De Amaquemacan fué cuatro leguas otro día á un pequeño lugar, poblado la mitad en agua de laguna y la otra mitad en tierra, al pié de una sierra áspera y pedregosa. Acompañáronle muy muchos de Moteczuma, que le proveyeron; los cuales con los del pueblo quisieron pegar con los españoles, y enviaron sus espías á ver qué hacían la noche. Pero las que Cortés puso, que eran españoles, mataron dellas hasta veinte, y allí paró la cosa, y cesaron los tratos de matar los españoles; y es cosa para reír que á cada triquete quisiesen y tentasen matarlos, y no fuesen para ello. Luego á otro día, bien de mañana, viendo que se partía el ejército, llegaron allí doce señores mejicanos, pero el principal era Cacamacin, sobrino de Moteczuma, señor de Tezcuco, mancebo de veinte y cinco años, á quien todos acataban mucho. Venía en andas á hombros, y como le abajaron dellas, le limpiaban las piedras y pajas del suelo que pisaba. Estos venían á irse acompañando á Cortés, y desculparon á Moteczuma, que por enfermo no venía él mismo á lo recibir allí. Todavía porfiaron que se tornasen los españoles y no llegasen á Méjico, y dieron á entender que les ofenderían allá, y aun defenderían el paso y entrada: cosa que facilísimamente podían hacer; mas empero andaban ciegos, ó no se atrevieron á quebrar la calzada. Cortés les habló y trató como quien eran, y aun les dió cosas de rescate. Salió de aquel lugar muy acompañado de personas de cuenta, á quien seguían infinitos otros, que no cabían por los caminos, y tambien venían muchos de aquellos mejicanos á ver hombres tan nuevos, tan afamados; y maravillados de las barbas, vestidos, armas, caballos y tiros, decían: «Estos son dioses.» Cortés les avisaba siempre que no atravesasen por entre los españoles ni caballos, si no querían ser muertos. Lo uno, porque no se desvergonzasen con las armas á pelear, y lo al, porque dejasen abierto camino para ir adelante, que los traían rodeados. Así pues fué á un lugar de dos mil fuegos, fundado todo dentro en

agua, y que hasta llegar á él anduvo mas de media legua por una muy gentil calzada, y ancha mas de veinte piés. Tenia muy buenas casas y muchas torres. El señor dél recibió muy bien á los españoles, y los proveyó honradamente, y rogó que se quedasen á dormir allí, y aun secretamente se quejó á Cortés de Moteczuma por muchos agravios y pechos no debidos, y le certificó que habia camino, y bueno, hasta Méjico, aunque por calzada como la que pasara. Con esto descansó Cortés, ca iba con determinacion de parar allí y hacer barcas ó fustas; mas todavía quedó con miedo no le rompiesen las calzadas, y por eso llevó grandísima advertencia. Cacama y los otros señores le importunaron que no se quedase allí, sino que se fuese á Iztacpalapan, que no estaba sino dos leguas adelante, y era de otro sobrino del gran señor. El hubo de hacer lo que tanto le rogaban aquellos señores, y porque no le quedaban sino dos leguas de allí á Méjico, que podría entrar al otro día con tiempo y á su placer. Fué pues á dormir á Iztacpalapan, y allende que de dos en dos horas iban y venian mensajeros de Moteczuma, le salieron á recibir buen trecho Cueltlauc, señor de Iztacpalapan, y el señor de Culucan, tambien pariente suyo. Presentáronle esclavos, ropa, plumajes y hasta cuatro mil pesos de oro. Cueltlauc hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos á su manera. Tenian frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenian tambien una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual habia de todas suertes de peces; y acuden á ella muchas garcetas, labancos, pavotas y otras aves, que cubren en veces la agua. Es Iztacpalapan de hasta diez mill casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra.

Cómo salió Moteczuma á recibir á Cortés

De Iztacpalapan á Méjico hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella á la par, y tan derecha como hecha por nivel, y quien buena vista tenia, alcanzaba á ver las puertas de Méjico. A los lados della están Mixicalcinco, que es de cerca de cuatro mil casas, toda dentro en agua; Coioacan, de seis mil, y Vicilopuchtli, de cinco. Tienen estas ciudades muchos templos, con tantas torres, que las hermosean, y gran trato de sal, porque allí la hacen y venden, ó llevan fuera á ferias y mercados. Sacan agua de la laguna, que es salada, por arroyuelos á hoyos de tierra, y en ellos se cuaja; y así, hacen pelotas y panes de sal, y tambien la cuecen, y es mejor, pero mas embarazosa. Era gran renta para Moteczuma. En esta calzada hay, de trecho á trecho, puentes levadizas sobre los ojos por do corre la agua de la una laguna á la otra. Por esta calzada fué Cortés con sus cuatrocientos

compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos atrás que pacificó. Apenas podia andar, con la pretura de la mucha gente que á ver los españoles salia. Llegó acerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con esta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres á los lados, y en medio un potril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesianos y ciudadanos á recibirle, vestidos ricamente á su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como á Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase, y pasaba adelante por la órden que venian. Tardaron una hora en esto, y fué cosa mucho de mirar. Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el ojo de la cual corre la agua y entra de la una en la otra. Hasta esta puente salió Moteczuma á recibir á Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauc y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venian todos tres á una manera riquísimamente ataviados, salvo que el señor traía unos zapatos de oro y piedras engastonadas, que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan á lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo; no pisase en la tierra. Seguian luego docientos señores como en procesion, todos descalzos, y con ropas de otra mas rica librea que los tres mil primeros. Moteczuma venia por medio de la calle, y estos detrás y arrimados cuanto podian á las paredes, los ojos en tierra, por no mirarle á la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fué á abrazar á nuestra costumbre. Los que le traían de brazo le detuvieron, que no llegase á él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Moteczuma se fué delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano á Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando á ir, llegaron los de la librea uno á uno á hablar y darle el parabien de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse á su órden y lugar. No acabaran aquel día si todos los de la ciudad hubieran, como querian, de saludarle; mas, como el Rey iba delante, volvian todos las caras á la pared, y no osaban llegar á Cortés. A Moteczuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno dellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de á jeme cada uno; y púsose al pescuezo con sus propias manos, que lo tuvieron á favor grandísimo, y se maravillaron dello. Ya en esto acababan de pasar la calle, que es un tercio de legua, ancha, derecha y muy hermosa, y llena de casas por entrambas aceras; en cuyas puertas, ventanas y azoteas habia tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase mas, ó los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad

tenia, ó ellos de la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran. Llegaron pues á un patio grande, recámara de ídolos, que fué casa de Axaiaca. A la puerta tomó Moteczuma de la mano á Cortés, y metiólo dentro á una gran sala; púsole en un rico estrado, y díjole: «En vuestra casa estáis; comed, descansad, y habed placer; que luego tornó.» Tal como habeis oido fué el recibimiento que á Fernando Cortés hizo Moteczumacin, rey poderosísimo, en su gran ciudad de Méjico, á 8 dias del mes de noviembre, año de 1519 que Cristo nació.

La oracion de Moteczuma á los españoles.

Era esta casa en que los españoles estaban aposentados muy grande y hermosa, con salas asaz largas y otras muchas cámaras, donde muy bien cupieron ellos y todos casi los indios amigos que los servian y acompañaban armados; y estaba toda ella muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchas colores; que habia bien que mirar en todo. Como Moteczuma se fué, repartió Cortés el aposento, y puso la artillería de cara de la puerta, y luego comieron una buena comida; en fin, como de tan gran rey á tal capitán. Moteczuma, luego que comió, y supo que los españoles habian comido y reposado, volvió á Cortés, saludóle, sentóse junto en otro estrado que le pusieron, dióle muchas y diversas joyas de oro, plata, pluma, y seis mil ropas de algodón ricas, labradas y tejidas de maravillosas colores; cosa que manifestó su grandeza, y confirmó lo que traian imaginado por los presentes pasados. Todo esto hizo con mucha gravedad, y con la mesma dijo, segun Marina y Aguilar declaraban: «Señor y caballeros míos, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, segun vuestro merecimiento y estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrasedes acá, era porque los míos tenian grandísimo miedo de veros; ca espantábades la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíades unos animales que tragaban los hombres, y que como veníades del cielo, abajábades de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíades temblar la tierra, y feríades al que os enojaba ó al que os antojaba; mas empero como ya agora conozco que sois hombres mortales, mas de bien, y no haceis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parecen cebratanas, tengo por burla y mentira lo que me decian, y aun á vosotros por parientes; ca, segun mi padre me dijo, que lo oyó tambien al suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales desta tierra, sino advenedizos; los cuales vinieron con un gran señor, y que dende á poco se fué á su naturaleza, y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. El se volvió muy descontento dellos, y les dijo á la partida que enviaria sus hijos á que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religion de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algun dia vernian los de aquellas partes á nos subjectar y mandar, y pienso yo que

sois vosotros, segun de donde venis, y la noticia que decis que ese vuestro gran rey emperador que os envia, ya de nos tenia. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedesceremos, si ya no traeis algun engaño ó cautela, y partirémos con vos y los vuestros lo que tuviéremos. E ya que esto que digo no fuese, por sola vuestra virtud y fama y obras de esforzados caballeros, lo haria muy de buena gana; que bien sé lo que hecistes en Tabasco, Teoacacincó y Chololla y otras partes, venciendo tan pocos á tantos; y si traeis creído que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han hablado los de Cempoallán, Tlaxcallan y Huexocincó y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creéis, y que conoseis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tocad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey, me tengo en mas, por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, que son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto á lo demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas, y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos á esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros ternéis siempre que lo quisiéredes; entre tanto holgad, que vernéis cansados.» Cortés le hizo una gran mesura, y con alegre semblante, porque le saltaban algunas lágrimas, le respondió que, confiado de su clemencia y bondad, habia insistido en verle y hablalle, y que conosciá ser todo mentira y maldad lo que dél le habian dicho aquellos que le deseaban mal, como él tambien veía por sus mismos ojos las burlerías y consejos que de los españoles le cantaban; y que tuviese por certísimo que el Emperador, rey de España, era aquel su natural señor á quien esperaba, cabeza del mundo y mayorazgo del linaje y tierra de sus antepasados; y en lo que tocaba al tesoro, que se lo tenia en muy gran merced. Tras esto preguntó Moteczuma á Cortés si aquellos de las barbas eran todos vasallos ó esclavos suyos, para tratar á cada uno como quien era. El le dijo que todos eran sus hermanos, amigos y compañeros, sino algunos, que eran criados; y con tanto, se fué á Tecpan, que es palacio, y allá se informó particularmente de las lenguas, cuáles eran ó no caballeros, y segun le informaron, así les envió el don; si era hidalgo y buen soldado, bueno y con mayordomo, y si no, y marinero, no tal y con lacayo.

De la limpieza y majestad con que se servia Moteczuma.

Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, segun son todos los indios. Traia cabello largo, tenia hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, y que se hacia temer y atar. Moteczuma quiere decir hombre sañudo y grave. A los nombres propios de reyes, de señores y mujeres, añaden esta sílaba *cin*, que es por cortesía ó dignidad, como nosotros el don, turcos sultan, y moros mulei; y

así, dicen Moteczumacin. Tenia con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle á la cara, sino era á poquísimos y grandes señores. Con los españoles, que se holgaba de su conversacion, ó porque los tenia en mucho, no los consentia estar en pié. Trocaba con ellos sus vestidos si le parecian bien los de España; mudaba cuatro vestidos al día, y ninguno tornaba á vestir segunda vez. Estas ropas se guardaban para dar albricias, para hacer presentes, para dar á criados y mensajeros, y á soldados que pelean y prenden algun enemigo, que es gran merced y como un privilegio; y destas eran aquellas muchas y lindas mantas que por tantas veces envié á Fernando Cortés. Andaba Moteczuma muy polido y limpio á maravilla; y así, se bañaba dos veces cada día; pocas veces salía fuera de la cámara, sino era á comer; comía siempre solo, mas solememente y en grandísima abundancia; la mesa era una almohada ó un par de cueros de color; la silla un banquillo bajo, de cuatro piés, hecho de una pieza, cavado el asiento, labrado muy bien y pintado; los manteles, pañuelos y toballas, de algodón, muy blancas, nuevas, flamantes, que no se ponian mas de aquella vez. Traian la comida cuatrocientos pajes, caballeros, hijos de señores, y ponianla toda junta en la sala; salía él, miraba las viandas, y señalaba las que mas le agradaban. Luego ponian debajo de ellas braseros con ascuas, porque ni se enfriasen ni perdiesen el sabor; y pocas veces comía de otras, sino fuese algun buen guisado que le loasen los mayordomos. Antes que se asentase venian hasta veinte mujeres suyas de las mas hermosas ó favoridas ó semaneras, y servíanle las fuentes con grande humildad; tras esto se sentaba, y luego llegaba el maestresala, y echaba una red de palo, que atajaba la mesa de la gente, que no cargase encima; y él solo ponía y quitaba los platos; que los pajes no llegaban á la mesa ni hablaban palabra, ni aun hombre de cuantos allí estaban, entre tanto que el señor comía, sino fuese truhan, ó alguno que le preguntase algo, y todos estaban y servian descalzos. El beber no era con tanta cerimonia ni pompa; asistían á la contina al lado del Rey, aunque algo desviados, seis señores ancianos, á los cuales daba algunos platos del manjar que le sabia bien. Ellos los tomaban con gran reverencia, y los comian luego allí con mayor respeto, sin le mirar á la cara, que era la mayor humildad que podian mostrar delante dél. Tenia música, comiendo, de zampoña, flauta, caracol, hueso y atabales y otros instrumentos así; que mejores no los alcanzan, ni voces, digo, que no sabian canto, ni eran buenas. Habia siempre al tiempo de la comida enanos, jibados, contrechos y otros así, y todos por grandeza ó por risa; á los cuales daban de comer con los truhanes y chocarreros al cabo de la sala, de los relieves. Lo demás que sobraba comian tres mil de guarda ordinaria, que estaban en los patios y plaza; y por esto dicen que se traian siempre tres mil platos de manjar y tres mil jarros de bebida y vino que ellos usan, y que nunca se cerraba la botillería ni despensa, que era cosa de ver lo que en ellas habia. No dejaban de guisar ni tener cada día de cuanto en la plaza se vendía, que era, segun después dirémos, infinito, y mas lo que traian cazadores, ren-

teros y tributarios. Los platos, escudillas, tazas, jarros, ollas y el demás servicio era todo de barro y muy bueno, si lo hay en España, y no servia al Rey mas de una comida. Tambien tenia bajilla de oro y plata grandísima, pero poco se servia della: dicen que por no servirse dos veces con ella, que parecia bajeza. Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comía Moteczuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comía carne humana; y esto no era de ordinario. Alzados los manteles, llegaban aquellas mujeres, que aun todavía se estaban allí en pié, como los hombres; á darle otra vez agua manos con el acatamiento que primero, é ibanse á su aposento á comer con las demás; y así hacian todos, salvo los caballeros y pajes que les tocaba la guarda.

De los jugadores de piés.

Quitada la mesa, ida la gente, y estándose aun Moteczuma sentado, entraban los negociantes descalzos, que todos se descalzaban para entrar en palacio los que traian zapatos, sino eran los muy grandes señores, como los de Tezucuo y Tlacopan, y otros pocos sus parientes y amigos. Venian pobremente vestidos; si eran señores ó ricoshombres, y hacia frio, ponianse mantas viejas ó groseras y ruines sobre las finas y nuevas; pero todos hacian tres ó cuatro reverencias. No le miraban al rostro, hablaban humillados y andando para tras. El les respondía muy mesurado, muy bajo y en poquitas palabras, y aun no todas veces ni á todos; que otros sus secretarios ó consejeros, que para esto estaban allí, respondían; y con tanto se tornaban á salir sin volver las espaldas al Rey. Tras esto tomaba algun Pasatiempo, oyendo música y romances, ó truhanes, de que mucho holgaba, ó mirando unos jugadores que hay allá de piés, como acá de manos; los cuales traen con los piés un palo como un cuarton, rollizo, parejo y liso, que arrojan en alto y lo recogen, y le dan dos mil vueltas en el aire tan bien y presto, que apenas se ve cómo; y hacen otros juegos, monerías y gentilezas por gentil concierto y arte, que pone admiracion. A España vinieron después algunos con Cortés que jugaban así de piés, y muchos los vieron en corte. Tambien hacian matachines; ca se subian tres hombres uno sobre otro de piés llanos en los hombros, y el postrero hacia maravillas. Algunas veces miraba Moteczuma como jugaban al patoliztli, que parece mucho al juego de las tablas, y que se juega con habas ó frísoles rajados, como dados de harinillas, que dicen patolli; los cuales menean entrambas manos, y los echan sobre una estera ó en el suelo, donde hay ciertas rayas como alquerque, en que señalan con piedras el punto que cayó arriba, quitando ó poniendo china. A esto juegan cuanto tienen, y aun muchas veces los cuerpos para esclavos, los tatures y hombres bajos.

Del juego de la pelota.

Otras veces iba Moteczuma al tlachtli, que es trinquete para pelota. A la pelota llaman ullamaliztli; la cual se hace de la goma de ulli, que es un árbol que nasce en tierras calientes, y que punzado llora unas gotas gordas y muy blancas, y que muy presto son cua-

jadas; las cuales juntas, mezcladas y tratadas, se vuelven negras mas que la pez, y no tiznan. De aquello redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balon ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puede dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, ó mas ó menos, como quien son los jugadores. Tambien juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mismos, como hacen al patolli, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero mas ancha de arriba que abajo, y mas alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénenlo siempre muy encajado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serian las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladron ó adúltero, ó que moriria presto. Cada trinquete es templo, porque ponian dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes mas bajas, á la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y en medio del suelo hacian otras tales, cantando romances y canciones que para ello tenían, y luego venia un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podian jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al ídolo: tanto eran supersticiosos. A este juego llevaba Moteczuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni mas ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico.

Moteczuma tenia otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ca es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venian los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio y solaz, y era desta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzar, tendian una gran estera en el patio de palacio, y encima della

ponian dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; mas táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien es tirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algun romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victorias, hazañas, y cosas tales; y esto va todo en copia por sus consonantes, que suenan bien y aplacen. Cuando ya es tiempo de comenzar, silvan ocho ó diez hombres muy recio, y luego tocan los atabales muy bajo, y no tardan á venir los bailadores con ricas mantas blancas, coloradas, verdes, amarillas, y tejidas de diversísimos colores; y traen en las manos ramilletes de rosas, ó ventalles de pluma, ó pluma y oro; y muchos vienen con sus guirlandas de flores, que huelen por excelencia, y muchos con papahigos de pluma ó carátulas, hechas como cabezas de águila, tigre, caiman y animales fieros. Juntanse á este baile mil bailadores muchas veces, y cuando menos cuatrocientos, y son todos personas principales, nobles y aun señores; y cuanto mayor y mejor es cada uno, tanto mas junto anda á los atabales. Bailan en corro trabados de las manos, una órden tras otra; guian dos que son sueltos y diestros danzantes; todos hacen y dicen lo que aquellos dos guidores; que si cantan ellos, responde todo el corro, unas veces mucho, otras veces poco, segun el cantar ó romance requiere; que así es acá y donde quiera. El compás que los dos llevan, siguen todos, sino los de las postreras rengles, que por estar lejos y ser muchos, hacen dos entre tanto que ellos uno, y cúmpleles meter mas obra; pero á un mismo punto alzan ó abajan los brazos ó el cuerpo, ó la cabeza sola, y todo con no poca gracia, y con tanto concierto y sentido, que no discrepa uno de otro; tanto, que se embebescen allí los hombres. A los principios cantan romances y van despacio; tañen, cantan y bailan quedo, que parece todo gravedad; mas cuando se encienden, cantan villancicos y cantares alegres; avivase la danza, y andan recio y apriesa; y como dura mucho, beben, que escancianos están allí con tazas y jarros. Tambien algunas veces andan sobresalientes unos truhanes, contrahaciendo á otras naciones en traje y en lenguaje, y haciendo del borracho, loco ó vieja, que hacen reir y placer á la gente. Todos los que han visto este baile, dicen que es cosa mucho para ver, y mejor que la zambra de los moros, que es la mejor danza que por acá sabemos; y si mujeres la hacen, es muy mejor que la de hombres. Mas en Méjico no bailaban ellas tal baile públicamente.

Las muchas mujeres que tenia Moteczuma en palacio.

Moteczuma tenia muchas casas dentro y fuera de Méjico, así para recreacion y grandeza, como para morada: no dirémos de todas, que será muy largo. Donde él moraba y residia á la contina, llaman Tepac, que es

como decir palacio; el cual tenia veinte puertas que responden á la plaza y calles públicas. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; habia en él muchas salas, cien aposentos de á veinte y cinco y treinta piés de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazon, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con páramentos de algodón, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas, porque, ó eran de mantas sobre estereras ó sobre heno, ó estereras solas; pocos hombres dormían dentro en estas casas; mas habia mill mujeres, y algunos afirman que tres mill entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí Moteczuma las que bien le parecía; las otras daba por mujeres á sus criados y á otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo; las cuales, á persuasión del diablo, movían, tomando cosas para lanzar las criaturas, ó quizá porque sus hijos no habían de heredar; tenían estas mujeres muchas viejas por guarda, que ni aun mirárlas no dejaban á hombre; querían los reyes toda honestidad en palacio. El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Moteczuma y las de sus antecesores, es una águila abatida á un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teoacan hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlan, comiéndose los hombres, y traen por argumento que se llaman aquellas sierras Cuitlachtepell, de cuitlactli, que es grifo como leon. Agora creo que no los hay, porque no los han españoles aun visto. Los indios muestran estos grifos, que llaman quezalcuitlactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello, y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho á leon, y parecen águila, porque los pintan con cuatro piés, con dientes y con vello, que mas afina es lana que pluma; con pico, con uñas, y alas con que vuela; y en todas estas cosas responde la pintura á nuestra escritura y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. Plinio, por mentira tiene esto de los grifos, aunque hay muchos cuentos dellos. Tambien hay otros señores que tienen por armas este grifo, que va volando con un ciervo en las uñas.

Casa de aves para pluma.

Otra casa tiene Moteczuma de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae á una muy grande luerta, en la cual hay diez estanques ó mas, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de dulce para las de río y laguna, que muchas veces vacían, é hinclen por la limpieza de la pluma. Andan en ellos tantas de aves, que ni caben dentro ni fuera; y de tan diversas maneras, plumas y hechura, que ponían admiración á los españoles mirándolas; ca las mas de

ellas no conocían ni habían visto hasta entonces. A cada suerte de aves daban el cebo y pasto con que se mantenían en el campo; si con yerbas, dábanles yerba; si con grano, dábanles centli, frisoles, habas y otras simientes; si con pescado, peces, de los cuales era el ordinario de cada dia diez arrobas, que pescaban y tomaban en las lagunas de Méjico; y aun á algunas daban moscas y tales sabandijas, que era su comida. Había para servicio destas aves trecientas personas: unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan de comer; unos son para espulgallas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando enloquescen, otros las curan enfermado, otros las pelan, que esto era lo principal, por la pluma, de que hacen ricas mantas, tapices, rodela, plumajes, moscadores y otras muchas cosas, con oro y plata; obra perfectísima.

Casa de aves para caza.

Tiene otra casa con muy cumplidos cuartos y aposento, que llaman casa de aves, no porque hay en ello mas que en la otra, sino porque las hay mayores, ó porque, con ser para caza y de rapiña, las tienen por mejores y mas nobles. Hay en estas casas muchas salas altas, en que están hombres, mujeres y niños, blancos de nacimiento por todo su cuerpo y pelo, que pocas veces nascen así, y aquellos los tienen como por milagro. Había tambien enanos, corcovados, quebrados, contruchos y monstros en gran cantidad, que los tenía por pasatiempo, y aun dicen que de niños los quebraban y enjibaban, como por una grandeza de rey. Cada manera destos hombrecillos estaba por sí en su sala y cuarto. Había en las salas bajas muchas jaulas de vigas recias; en unas estaban leones, en otras tigres, en otras onzas, en otras lobos; en fin, no había fiera ni animal de cuatro piés que allí no estuviese, á solo efecto de decir que los tenía en su casa el gran señor Moteczuma, aunque mas bravos eran. Dábanles de comer por sus raciones, gallipavos, venados, perros, y cosas de caza; habia asimismo en otras piezas, en grandes tinajas, cántaros y semejantes vasijas con agua ó con tierra, culebras como el muslo, víboras, crocodillos, que llaman caimanes ó lagartos de agua; lagartos destotros, lagartijas, y otras tales sabandijas y serpientes de tierra y agua, así bravas, ponzoñosas, y que espantan con sola la vista y su mala catadura; habia tambien á otro cuarto, y por el patio, en jaulas de palos rollizos y alcázaras, toda suerte y ralea de aves de rapiña; alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, nueve ó diez maneras de halcones, muchos géneros de águilas, entre las cuales habia cincuenta mayores barto que las nuestras caudales, y que de un pasto se come una dellas un gallipavo de aquellos de allá, que son mayores que nuestros pavones; de cada ralea habia muchas, y estaban por su cabo, y tenia de racion para cada dia quinientos gallipavos y trecientos hombres de servicio, sin los cazadores, que son infinitos; otras muchas aves estaban allí que los españoles no conocieron; pero decíanles ser todas muy buenas para caza, y así lo mostraban ellas en el semblante, talle, uñas y presa que tenían. Daban á las culebras y á sus compañeras la sangre de personas muertas en sacrificio, que chupasen y lamie-

Jardines de Moteczuma.

Sin las ya dichas casas, tenia tambien otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consentía Moteczuma que en estos verjeles hobiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos ó mercaderes, aunque con todo esto, tenia huertos con frutales, pero léjos, y donde poquitas veces iba. Tenia asimismo fuera de Méjico casas en bosques de gran circuito y cercados de agua, dentro de las cuales habia fuentes, rios, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos y otros semejantes animales para caza, en que mucho y á menudo se ejercitaban los señores mejicanos. Tantas y tales eran las casas de Moteczumacin, en que pocos reyes se le igualaban.

Corte y guarda de Moteczuma.

Cada dia tenían seiscientos señores y caballeros á hacer guarda á Moteczuma, con cada tres ó cuatro criados con armas; y alguno traía veinte ó mas, segun era y lo que tenía; y así, eran tres mill hombres, y aun dicen que muchos mas, los que estaban en palacio guardando al Rey. Y todos comían allí de lo que sobraba del plato, como ya dije, ó sus raciones. Los criados ni subían arriba, ni se iban hasta la noche después de haber cenado. Eran tantos los de la guarda, que aunque eran grandes los patios y plazas y calles, lo hinclian todo. Pudo ser que entonces por amor de los españoles pudiesen tanta guarda é hiciesen aquella apariencia y majestad, y que la ordinaria fuése menos; aunque á la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mejicano, que, como dicen, son treinta de á cien mil vasallos, y tres mill señores de lugares y muchos vasallos, residían en Méjico por obligacion y reconocimiento, en la corte del gran señor Moteczumacin, cierto tiempo del año. Y cuando iban fuera á sus tierras y señoríos, era con licencia y voluntad del Rey. Y dejaban algun hijo ó hermano por seguridad y porque no se alzasen; y á esta causa tenían todos casas en la ciudad de Méjico Tenuchtitan. Tanto fué el estado y casa de Moteczuma; su corte tan grande, tan generosa, tan noble.

Que todos pechan al rey de Méjico

No hay quien no peche algo al señor de Méjico en todos sus reinos y señoríos; porque los señores y nobles pechan con tributo personal, los labradores, que llaman maceballin, con persona y bienes; y esto en dos maneras: ó son renteros ó herederos. Los que tienen heredades propias pagan por año uno de tres que cogen ó crian. Perros, gallinas, aves de pluma, conejos, oro, plata, piedras, salcera y miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, centli, ají, camatli, habas, frisoles y todas frutas, hortaliza y semillas, de que principalmente se mantienen. Los renteros pagan por meses ó por

sen; yaun, como algunos cuentan, les echaban de la carne; ca muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros. Españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedia terriblemente, y que temblaba si metían un palo; era mucho de ver el bullicio de los hombres que entraban y salían en esta casa, y que andaban curando de las aves, animales y sierpes; y nuestros españoles se holgaban de mirar tanta diversidad de aves, tanta braveza de bestias fieras, y el enconamiento de las ponzoñosas serpientes; mas empero no podían oír de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes del lobo, ni los fieros gáñidos de las onzas y tigres, ni los gemidos de los otros animales, que daban teniendo hambre ó acordándose que estaban acorralados, y no libres para ejecutar su saña. Y certísimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo; y así era ello, porque en una sala de ciento y cincuenta piés larga, y ancha cincuenta, estaba una capilla chapada de oro y plata de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubies, topacios, y otras así; adonde Moteczuma entraba en oracion muchas noches, y el diablo venía á le hablar, y se le aparecía, y aconsejaba segun la peticion y ruegos que oía. Tenia casa para solamente graneros, y donde poner la pluma y mantas de las rentas y tributos, que era cosa mucho de ver. Sobre las puertas tenían por armas ó señal un conejo. Aquí moraban los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores, y todos los que tenían cargo y oficios en la hacienda real. Y no habia casa destas del Rey donde no hubiese capillas y oratorios del demonio, que adoraban por amor de lo que allí estaba; y por tanto, todas eran grandes y de mucha gente.

Casas de armas.

Moteczuma tenia algunas casas de armas, cuyo blason es un arco y dos aljabas por cada puerta. De toda suerte de armas que ellos usan habia muchas, y eran arcsos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras y espadas; broqueles y rodela mas galanas que tuertes; cascos, grevas y brazaletes, pero no en tanta abundancia, y de palo dorado ó cubierto de cuero. El tajo de que hacen estas armas es muy recio. Tuéstanlo, y á las puntas hincan pedernal ó huesos del pece libiza, que es enconado, ó de otros huesos, que como se quedan en la herida, la hacen casi incurable y enconan. Las espadas son de palo, con agudos pedernales engeridos en él y encolados. El engrudo es de cierta raíz, que llaman zacotl, y de teujalli, que es una arena recia y como de vena de diamantes, que mezclan y amasan con sangre de morciélagos y no sé qué otras aves; el cual pega, traba y dura por extremo; tanto, que dando grandes golpes no se desase. Desto mesmo hacen punzones, que barrenan cualquier madera y piedra, aunque sea un diamante. Y las espadas cortan lanzas y un pescuezo de caballo cercen; y aun entran en el fierro y mellan, que parece imposible. En la ciudad nadie trae armas; solamente las llevan á la guerra ó á la caza ó en la guarda.